

Dr. Rafael Muci-Mendoza

Ojos que buscan la integralidad

VANESSA ORTIZ PIÑANGO



Puede detectar enfermedades oculares pero no es oftalmólogo; sabe reconocer síntomas de una patología cerebral pero tampoco es neurólogo. En realidad, tiene un poco de ambas especialidades. Es director-fundador de la primera Unidad de Neuro-oftalmología de Venezuela, y a través de ella, un incansable promotor de la asistencia, docencia, investigación clínica y extensión en esa área de la medicina. Decenas de estudiantes y su permanencia en el país lo confirman.

Cualquier periodista o escritor profesional debería sentirse honrado ante él; ni hablar de la comunidad de galenos. Más de 264 artículos de divulgación médica reseñados con elegante humor y sabrosa elocuencia en diversos periódicos de circulación nacional (compilados en el año 2004 en el regordete libro *Primum non nocere*, traducido del latín significa Primero no hacer daño); alrededor de 150 trabajos científicos de medicina interna y neuro-oftalmología publicados en revistas especializadas nacionales y extranjeras (además de cuatro libros), así como tres décadas ininterrumpidas de prolifera carrera médica, dan cuenta de esa inquebrantable lealtad al servicio de la salud, el bienestar y la formación crítica y oportuna de sus lectores y pacientes.

Aquellos tiempos de la difusión científica han cambiado. Aunque el Dr. Rafael Muci-Mendoza sigue escribiendo semanalmente para el diario *El Universal*, ahora lo hace sobre otro tema completa-

mente diferente, uno que lo llena de popularidad y al mismo tiempo de tristeza: la política. Las puertas de ese mundo impredecible se le abrieron de par en par en el año 2011, cuando le envió una carta abierta al Embajador de Cuba exigiendo respeto a sus colegas venezolanos y el retiro inmediato de los médicos cubanos de los hospitales del país. A pesar de no agradaarle ese tipo de vocería mediática, la considera un deber ciudadano del cual se siente incapaz de evadir. "Nunca me interesó la política, pero los médicos hemos sido muy maltratados. Siempre he pensado que si tienes algo que decir, debes decirlo, hacer valer tu voz, sobre todo cuando tienes tantos alumnos que te conocen y creen en ti. Además, me han publicado al lado de grandes articulistas y eso es un gran honor" dijo.

Esa convicción por lo correcto lo ha acompañado desde el día de su nacimiento, el 1 de mayo de 1938 en la ciudad de Valencia, estado Carabobo; no así su vocación por la medicina, a la cual se aproximó sin mucho interés. "Cuando llegué al quinto año del bachillerato no sabía qué hacer, no me explico cómo terminé estudiando Medicina. Claro, me gustaban las cosas de laboratorio, yo lo llamaba 'científico buscador', pero no sabía lo que iba a buscar ni qué es científico. Era muy ingenuo, pero a todo lo que he hecho en mi vida le he puesto pasión" explicó Muci.

Núcleo sólido

El penúltimo de los hijos del matrimonio entre la campesina guariqueña Panchita Mendoza y el comerciante inmigrante de origen libanés José Muci Abraham recuerda a sus padres con alegría y orgullo. "Mi mamá era llanera con mucho humor, le gustaba

ponerle apodos a la gente, tenía mucha chispa. Mi papá era analfabeto; comenzó a escribir el árabe en el pueblo de Guayabal en Guárico y además aprendió a hablar y escribir el español; tenía una letra hermosa. Éramos nueve hermanos (cuatro han fallecido) y siempre fuimos un hogar muy bien constituido, con una gran rigidez”.

Con ese ejemplo de tesón familiar, Muci no dudó en abandonar las comodidades de su casa para darle a doña Panchita y don José otro motivo de celebración: su título de bachiller. Con apenas 16 años de edad, se mudó a la capital a cursar el último año del ciclo diversificado en el Liceo Andrés Bello de Caracas en compañía de un hermano. Durante esa época y en el transcurso de su carrera universitaria, vivieron en pensión en pensión, una en peores condiciones que la otra. “Aquello era horrible, pero no fue un sacrificio o aventura, simplemente me ayudó el hecho de experimentar ciertas cosas desagradables” dijo. La primera que asaltó su mente fue, sin duda alguna, la convivencia con cucarachas, el enemigo principal de la higiene y limpieza. “Eran enormes. Yo siempre tenía una lata donde guardaba unas empanadas árabes que me hacía mi tía. Colocaba la lata sobre una de las cucarachas y se la llevaba encima como si fuese un morrocoy”.

Superada esa prueba, Muci egresó como médico cirujano de la Universidad Central de Venezuela (UCV) en 1961. Los últimos dos años de su profesión los desarrolló en el Hospital Vargas de Caracas (HVC), aunque la inicial de su apellido paterno lo había asignado al Hospital Universitario de Caracas (HUC). “En vista de que no me gustó la forma como dictaban las clases en el HUC, pedí mi cambio. Desde ese momento, hice una gran relación con el HVC y mis maestros, la cual he mantenido por 52 años. Mi vida está allá, mi sustento económico está en

la Clínica El Ávila, donde tengo mi consultorio privado” explicó. De hecho, tanto el Internado Rotatorio (1961-1962) como la especialidad en Medicina Interna (1962-1964) las cursó en el HVC.

Enseñanza y aprendizaje

La docencia también forma parte de las habilidades innatas del Dr. Muci. Por eso, aprovechó la oportunidad de incursionar en ese campo siendo muy joven. Aunque en su resumen curricular coloca el año 1966 como el inicio formal de su carrera docente universitaria en la Cátedra de Clínica y Terapéutica Médica B de la Escuela de Medicina “José María Vargas” de la UCV, empezó a dar clases cuando todavía estudiaba el sexto año de Medicina. “Me encanta enseñar, toda la vida me gustó. El instructor de la cátedra donde yo estaba faltaba mucho y el jefe me preguntó si quería encargarme de esos estudiantes. Y como el muerto quiere misa, no lo pensé. Muchos de los médicos eminentes de hoy en día fueron mis alumnos” afirmó.

Al finalizar el posgrado en Medicina Interna en 1964, se tropezó con una mala noticia: no había vacantes disponibles en el HVC para él. “En ese momento, se me vino el cielo encima” reconoció. Pero la solución no tardó en parecer. El jefe del Servicio de Cardiología, “quien había sido un excelente profesor, muy querido por nosotros” según Muci, notó rápidamente la contradicción en su rostro. “¿Por qué carga esa cara que lo veo como triste?” le inquirió. Conocida la razón de su desconsuelo, le ofreció una plaza temporal como residente en Cardiología, donde permaneció unos cuatro meses atendiendo a los pacientes. Poco a poco se ganó la estima de sus colegas y supervisores, hasta alcanzar por escalafón la categoría de profesor titular. “Así fue como me quedé en el Hospital Vargas de Caracas. Fue extraordinario. Siempre he sido una persona trabajadora, responsable y estudiosa, y no me molesta decirlo porque

es la realidad; además, todos me tenían respeto y cariño” dijo.

Una década después, en 1977, Muci hizo el doctorado en Ciencias Médicas de la Universidad del Zulia (LUZ), zarpando a Estados Unidos en 1978 para realizar sus estudios posdoctorales en la Unidad de Neuro-oftalmología del Hospital Moffitt de la Universidad de California en San Francisco, avalados por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la UCV bajo la tutoría del profesor Dr. William F. Hoyt, director de la unidad. Su interés por la neuro-oftalmología surgió en su época académica, exactamente en su tercer año de carrera, cuando escuchó a uno de sus maestros hablar del fondo del ojo, del cual jamás había oído una palabra. “Fue amor a primera vista. Mi hermano, tres años más avanzado en Medicina, me regaló un oftalmoscopio para mirar dentro del ojo. Hasta tengo los apuntes de la época. Ese interés me llevó a preguntarme cómo podía usar el ojo para diagnosticar enfermedades sistémicas, entonces supe que existía una especialidad que se llamaba neuro-oftalmología” relató.

El campo de acción de la neuro-oftalmología abarca las condiciones que afectan al órgano visual y sus implicaciones sobre el sistema nervioso central, basándose en la aplicación de procedimientos oftalmológicos en medicina interna. Afecciones como muerte cerebral, paro cardio-respiratorio, hiperlipoproteinemias, hemorragia subaracnoidea, endocarditis infecciosa, hipertensión arterial y vejez pueden ser estudiadas por la neuro-oftalmología.

El camino era largo

Cuando Muci comenzó a recibir pacientes en lo que él y sus compañeros llamaron Laboratorio de Oftalmología Médica (fundado en 1969), se sentía inconforme porque no era ni oftalmólogo

ni neurólogo. En su afán por aprender a distinguir entre las enfermedades propias del globo ocular y aquellas de origen integral, se asoció con el Instituto de Oftalmología de San Bernardino, en Caracas. A su juicio, fue una cooperación ganar-ganar. “Yo les daba clases de patologías sistémicas ligadas al ojo y recibía de ellos lo que yo no sabía de oftalmología” dijo.

Pese a los resultados obtenidos con dicha alianza interinstitucional, insistía en la necesidad de profundizar sus conocimientos en neuro-oftalmología a como diera lugar. Fue entonces cuando le propusieron el fellowship en Estados Unidos, el cual se prolongó por dos años (1978-1980). Si bien la noticia tomó por sorpresa a su familia, lo acompañó en su travesía. “Fue muy duro porque yo era internista. No obstante, me quedé dos años en San Francisco con mi esposa y tres hijos. Todos aprendieron el idioma y desgraciadamente mis hijos se quedaron allá. Siempre he sido muy obsesivo y aunque considero que la obsesión es un rasgo neurótico, en un médico no es tan malo porque se hacen las cosas bien hechas”.

Inspirado en esa premisa, Muci volvió al país con un firme pensamiento entre ceja y ceja: ofrecerle a los venezolanos un servicio especializado de calidad similar al estadounidense. Decidido, compró de sus ahorros y por duplicado los equipos científicos necesarios para lograr su cometido. El sueño se hizo realidad en 1980 con la creación de la Unidad de Neuro-oftalmología del Hospital Vargas de Caracas, la primera y única de su género en el territorio nacional que ofrece asistencia, docencia, investigación clínica y extensión, formando hasta la fecha a más de 30 jóvenes de Venezuela, Colombia, República Dominicana y Ecuador en la categoría de fellowship en oftalmología, neurología y medicina

interna. Desde el año 2003, pasó a llamarse Unidad de Neuro-oftalmología “Dr. Rafael Muci-Mendoza” en homenaje a su fundador y director.

Los pacientes no cayeron del cielo, pero poco a poco fueron acercándose. “Me angustiaba el hecho de que ya tenía 42 años de edad y no sabía si me daría tiempo de hacer todo lo que quería. Y siempre digo con mucho orgullo que yo me puedo morir tranquilo porque hay gente que lleva adelante la neuro-oftalmología” contó.

El todo y sus pedacitos

Esa es, precisamente, la riqueza del Dr. Muci. “No soy rico en bienes de fortuna, nunca me interesó serlo. Tengo lo suficiente para vivir cómodo: mi casa, mi carro —que tiene 14 años conmigo y no lo pienso cambiar porque ha salido muy bueno— y mi esposa, a quien tampoco voy a cambiar. Hoy en día puedo decir con sinceridad que soy un hombre feliz” dijo sonriente.

Muci pertenece a numerosas organizaciones científicas nacionales y extranjeras. Entre las primeras destacan las sociedades venezolanas de Medicina Interna, Oftalmología y Neurología, así como la Academia Nacional de Medicina; de esta última es individuo de número, ha ejercido la vicepresidencia en el bienio 2010-2012 y fue designado presidente para el período 2012-2014. En el segundo grupo se encuentran la Sociedad Latinoamericana de Medicina Interna, Sociedad Colombiana de Oftalmología, Asociación Ecuatoriana de Oftalmología y Asociación de Exalumnos de la Universidad Nacional de Colombia.

Asimismo, ha sido galardonado con variados reconocimientos, siendo los más recientes: Premio Nacional de Medicina “Luis Razetti” de la Federación Médica Venezolana y Orden “José María Vargas” de la UCV en su Primera Categoría

(2007); Premio Bial “Dr. Edmundo Vallecalle” a la Trayectoria Académica Universitaria de la UCV (2008); Distinción “Homenaje al Servidor Público” del Rotary Club International (2011) y Orden Sol de Carabobo en su máximo grado (2012).

Uno de los recuerdos más emocionantes que conserva vivamente en su memoria es una carta de apoyo enviada por el escritor Ibsen Martínez durante la paralización de sus colaboraciones para el diario El Universal. “Decía que él (Ibsen) no creía en los médicos por ser muy materialistas, pero que de alguna manera con mis artículos se había reconciliado con ellos”.

Muci disfruta la música, el aire libre, observar El Ávila, dar clases y escribir. Pero hay algo que lo distingue del resto de los hombres con su misma profesión y edad: “Soy maratonista. Troto varias veces a la semana, los fines de semana puedo llegar a 15 km. Uno puede decir que está saludable, pero al mismo tiempo la salud es un estado transitorio que no conduce a nada bueno” aseguró. Que lo diga un médico con su experiencia y perseverancia es suficiente para convencer al más incrédulo de los mortales. ●

vanessa.planetaria@gmail.com